

al aceptar un armisticio son, primero, que la Prusia lo acepte, y segundo, que se atienda á las reclamaciones justas y modestas de Italia. Si el emperador convoca el cuerpo legislativo, convocaremos nosotros el parlamento y expondremos á la faz de Europa lo que se nos ha pedido y lo que hemos tenido que contestar. Ignoro si los frutos de una alianza austro-francesa serán mejores que los tratados de 1815, aborrecidos por el emperador con mucha razon y justicia. En todo caso, no dirigiremos nuestras armas contra él; sufriendo nuestra suerte, respetados y acaso mirados con indulgencia por la Francia y aun por el Austria; y obrando así conservaremos ileso el elemento mas esencial de nuestra unidad, á saber: la conciencia que debe tener la nacion de su honor y del honor de su dinastía. Tengo la conviccion de que proceder de otro modo seria la ruina del rey y de la dinastía. De todo esto daré inmediatamente parte á S. M. y al ministro de Negocios extranjeros, que anoche partió para el ejército. Espero que usted logrará que prevalezca la razon y que para esto le prestarán su apoyo los amigos del emperador y de Italia.»

Además de esto se dió al embajador de Italia en Berlin, conde de Barral, la órden de avistarse con Bismarck é inducirle á que su gobierno no consintiera en el armisticio, pues así lo participó desde Berlin, en 9 de julio, Benedetti.

No hubo, pues, armisticio en Italia ni separacion de ésta de la Prusia. Del cuartel general prusiano dependia la resolucion de seguir la guerra ó de suspender las hostilidades; pero el gobierno de Berlin insistió inexorablemente en no hacer armisticio sin que se estableciesen bases de paz por todos aceptadas. Sin embargo, no se expresó en términos tan absolutos para ganar tiempo y desviar en lo posible la mediacion francesa. Así es que en 6 de julio telegrafió Drouyn de Lhuys al embajador francés en Viena: «Me apresuro á participar á usted que el rey de Prusia acepta la mediacion del emperador y que inmediatamente hará saber por el conde de Goltz las condiciones bajo las cuales quiere aceptar el armisticio.» Respecto de estas condiciones, el rey de Prusia en un telegrama del 5 de julio puesto en Horzitz exigía: que se diese seguridad de que durante las negociaciones no se modificarían las posiciones de los beligerantes; que los resultados obtenidos hasta entonces en la guerra fueran el punto de partida y la base de los acuerdos, y que cada acuerdo fuese precedido de otro con Italia. Así lo hizo saber el ministro imperial, en 7 de julio, á su embajador en Viena, duque de Gramont, el cual no se descuidó en llamar la atención sobre los progresos rápidos que hacían los prusianos, y escribió en 9 de julio que los prusianos estaban ya en Iglau; que el ejército de Benedek, que iba á ser reorganizado cerca de Olmutz, no estaba en situacion de detenerlos; y que si no se hacia el armisticio, los prusianos estarían dentro de un par de días en Viena. A esta noticia añadió al día siguiente: «Las circunstancias son tales y la toma de Viena por Prusia es tan inminente que falta el tiempo material para negociar. El gobierno austriaco solo piensa en salvar el imperio de una derrota moral y material de consecuencias incalculables. Hace dos días que se embarca todo el dinero del Banco en el Danubio para llevarlo á Comorn. Se prepara la evacuacion de la capital.»

Era, pues, urgentísima la mediacion de Francia si habia de ser de alguna aunque pequeña ventaja para el Austria.

#### CAPITULO IV

##### LA PAZ PRELIMINAR DE NIKOLSBURG

En 7 de julio envió el rey de Prusia una carta autógrafa al emperador Napoleon, y al propio tiempo instrucciones para el embajador de Prusia en Paris. Confió la carta al prin-

cipe Enrique VII de Reuss, que habia sido durante muchos años primer consejero de la embajada prusiana en Paris. En la carta manifestaba el rey al emperador, como ya habia expresado en el telegrama del 5 de julio, su disposicion á entrar en negociaciones de paz, indicando al mismo tiempo la necesidad de obtener el consentimiento de Italia y que la situacion militar no permitia hacer un armisticio sin tener garantidas las bases de la paz. Las instrucciones que el portador de las cartas llevaba para el embajador en Paris se fundaban en la identidad de los intereses de Alemania y de Prusia, que componian toda la política del rey. El interés de Alemania exigía un desenvolvimiento en el sentido nacional que no habia tenido á causa de la presion ejercida por el Austria, que en su esencia era una potencia no alemana. El interés de la Prusia exigía además una forma geográfica mas redondeada y unida con una alianza estrecha bajo su presidencia de los Estados alemanes del Norte que no debían ser sacrificados directamente al redondeamiento de la Prusia. Estos eran los puntos de vista que el embajador debía tener presentes en las entrevistas con el gobierno imperial que motivase la mediacion.

Antes de que el príncipe de Reuss llegara á Paris, habia recibido Benedetti el 9 de julio la órden de partir inmediatamente para el cuartel general prusiano á fin de exponer, segun escribió su ministro, al rey y al conde de Bismarck que la cesion de Venecia al emperador Napoleon colocaba á éste en una situacion que no podia prolongarse y de la cual estaba resuelto á salir con honra. «Debemos traspasar la Venecia á Italia, debia decir Benedetti, pero Italia ha de aceptar en cambio un armisticio que depende del asentimiento de la Prusia. Deje usted entrever, añadia la órden, que si no se accede al armisticio, esta negativa causará aquí un profundo resentimiento y habrá de tener consecuencias gravísimas (1).»

Fuera de esta órden no recibió Benedetti ni explicaciones ni poderes, ni se le indicaron las condiciones políticas que pudiera presentar la Prusia antes de suspender las hostilidades, ni se le autorizó para presentar contraproposiciones á las que pudiera ofrecerle la Prusia; por manera que toda la mision del embajador francés consistía en realidad en una tentativa para intimidar al rey Guillermo y arrebatarle así lo que fuese posible de su triunfo del 3 de julio. El papel del embajador francés era, pues, un papel muy ingrato, y sin embargo resultó peor de lo que se lo habia figurado. En 9 de julio por la noche emprendió su viaje, acompañado de su primer secretario de embajada. Su viaje fué lento y trabajoso; los caminos estaban obstruidos por trenes de heridos y prisioneros; el 10 de julio tuvo que hacer noche en Koniginhof; el día 11 cruzó el extremo derecho del campo de batalla de Koniggratz; buscó sin encontrarlo al rey en Pardubitz, donde cruzó el Elba; tambien le buscó en vano en Hohenmuth en el camino de Brunn, y solo en la noche del 12, ya muy tarde, encontró al cuartel general en Zwittau, en Moravia, donde consiguió saber el alojamiento de Bismarck. El secretario de Benedetti, encargado de solicitar una entrevista con el ministro prusiano, le halló en una casa abandonada por sus habitantes delante de su mesa de escritorio, con la pluma en la mano y á derecha é izquierda sobre la mesa un revólver. Estaba despachando su correspondencia, á lo cual solia dedicar la primera parte de la noche, á pesar de todas las fatigas. Pareció altamente sorprendido de la llegada del embajador francés, cuya partida de Berlin ignoraba completamente segun dijo, añadiendo que el telégrafo á la verdad estaba en desórden y á cada momento rompian, no se sabe

(1) Rothan, pág. 143.

quiénes, los hilos. Por lo demás, no hizo esperar al embajador francés, al cual recibió al instante y le invitó cortésmente á partir con él su alojamiento.

Benedetti explicó en los términos mas corteses, bien que en tono terminante, el encargo de su ministro; pero tambien pudo observar que la posición del ministro prusiano habia cambiado completamente desde que le habia hablado la última vez. Bismarck se hizo cargo de la dificultad de la mision que habia tomado á su cargo el emperador de hacer la mediacion, pero dijo que esta mision parecia que se trataba de ejercer en daño de la Prusia é Italia, que no cesaba de recordar su tratado del 8 de abril. El Austria era la única parte que ganaba en la mediacion, porque lograba tiempo y medios de rehacer su ejército y de procurarse libertad de movimiento para todas las contingencias. «Encontramos hoy las puertas de Viena todavía abiertas, dijo Bismarck; dentro de poco las encontraremos cerradas, y para volver á la situacion que hoy nos asegura la victoria de Koniggratz tendremos que luchar otra vez y arriesgar una nueva batalla. No ha sido otro el objeto de la cesion de Venecia, y si bien no se ha disminuido nuestra confianza en las intenciones de la Francia, no podemos menos de sentir una ingerencia que pone en peligro nuestras ventajas.» Benedetti contestó con bastante habilidad: «Aquí hay dos cosas: ó las exigencias de ustedes son compatibles con los intereses del equilibrio europeo, á los cuales no pueden negar su respeto, ó ustedes quieren sacar de las derrotas del Austria ventajas que han de dar recelos á las potencias, cuya neutralidad es necesaria para la Prusia y á quienes ustedes no pueden obligar á tomar medidas preventivas sin que la posición de las partes beligerantes sufra modificaciones sensibles. En ambos casos les hace á ustedes el emperador un favor ofreciéndoles sus buenos servicios, porque la Prusia no puede continuar la guerra ni elevar sus exigencias á una altura tan grande sin obligar á los demás Estados, cuya neutralidad ustedes necesitan, á tomar las precauciones necesarias para su propia seguridad. Sobre esto quisiera llamar toda la atención de usted.» Bismarck al saber que el embajador francés no tenia poderes para negociar, declinó dar explicaciones sobre las condiciones de paz que podia exigir la Prusia, diciendo que el príncipe de Reuss y el conde Goltz darian en Paris las explicaciones necesarias, cuyo resultado debia aguardarse precisamente. El embajador francés observó muy inocentemente que no comprendía por qué el ejército no se detenía hasta que hubiesen llegado las contestaciones de Paris.

La conversacion, que no habia satisfecho á ninguno de los dos interlocutores, concluyó á las cuatro de la madrugada. Benedetti escribió á su ministro que el tono del lenguaje de los generales que rodeaban al rey era tan soberbio y provocativo que para responderles era preciso que se le autorizase para usar un lenguaje todavía mas firme que hasta entonces; pero despues de haber hablado con el rey en persona, se convenció de que en dos cosas no cedería la Prusia, á saber: en la confederacion de la Alemania del Norte y en el engrandecimiento territorial que uniera satisfactoriamente las dos grandes fracciones de la monarquía. El rey, segun escribió Benedetti á su ministro, insistía con particular decision en el aumento territorial, al cual subordinaria todo lo demás, porque recibía continuamente exposiciones que probaban que tocante á este punto era unánime la opinion pública.

La primera parte de las condiciones de paz de Prusia consistía en la salida del Austria de la confederacion alemana, condicion que el príncipe de Reuss logró hacer aceptar desde luego al gobierno francés, porque en 12 de julio envió ya Drouyn de Lhuys un telegrama á su embajador en Vie-

na (1) que decia: «La Prusia hace depender el armisticio de la aceptacion por parte del Austria de ciertas condiciones de paz. No conocemos todavía en sus detalles estas condiciones preliminares, pero creemos que la mas importante entre ellas tendrá por consecuencia la salida del Austria de la confederacion alemana. Las restantes son al parecer de menor importancia y aun estarian sujetas á negociaciones. En las circunstancias actuales cree el emperador que la continuacion de la guerra ha de ser la ruina del Austria (2).»

Este fué el primer paso para la renuncia de Napoleon al porvenir que habia trazado en su carta del 11 de junio, en la cual habia declarado ser su deseo la conservacion de la gran posición del Austria en Alemania. Cuatro semanas despues aconsejaba él mismo al Austria que renunciara á formar parte de Alemania, añadiendo que consideraria la continuacion de la lucha por la conservacion de una posición dentro de Alemania como una política de suicidio.

El gobierno austriaco tomó su resolucion al instante. Ape nas habia comunicado el duque de Gramont en 13 de julio al conde de Mensdorff el telegrama de su ministro, cuando pudo ya contestar á Paris: «Antes de que el emperador Francisco José consienta en la salida del Austria de la confederacion, es indispensable que conozca las demás condiciones que forman parte de la paz preliminar. Si entre estas condiciones hubiesen algunas que fuesen inaceptables, como, por ejemplo, una cesion territorial y de habitantes, preferiria el Austria la lucha á muerte para sucumbir en caso necesario con honra antes de comprar á semejante precio su salvacion. El sacrificio que se pide al Austria puede hacerse solamente si tiene por consecuencia el armisticio y la paz, cuya seguridad solo se puede tener si tambien son aceptables las demás condiciones de cuya aceptacion parecen depender el armis-

(1) En el momento en que el príncipe de Reuss salió de Paris llegó el conde Beust de Viena, para inducir al emperador á la intervencion inmediata en favor del Austria; pero encontró al soberano en un estado fatal y le oyó balbucear continuamente: «No estoy preparado á la guerra.» Beust le dijo que tambien se podia salvar el Austria sin que Francia entrara en la guerra, y añadió: «No os pido, señor, que hagais la guerra; soy, á pesar de todo, bastante buen alemán para no desearlo si quiera; mas no se trata de esto: V. M. tiene 100,000 hombres en Chalons; dirigidlos á la frontera, haced partir una escuadra al mar del Norte y no se necesita mas. La línea de operaciones del ejército prusiano está ya demasiado extendida para que no se vea obligado á detenerse; en Viena, Munich y Stuttgart se recobran los bríos y la Alemania os acepta agradecida por mediador. Si no haceis esto, acaso tendreis vos mismo á los cinco ó seis años la guerra con la Prusia y entonces os prometo que toda la Alemania marchará con ella.» *Memorias de tres cuartos de siglo*, tomo II.

(2) Memor, págs. 322 y 323. Aquel mismo día 12 de julio dirigió el ministro al príncipe de Metternich la siguiente comunicacion: «Las instrucciones que envío al duque de Gramont pueden resumirse en lo siguiente: 1.º El emperador sabe que la Prusia pide preliminares de paz para firmar el armisticio. 2.º No conocemos estos preliminares en sus detalles, pero la salida del Austria de la confederacion es evidentemente una condicion *sine qua non*; las demás condiciones no tienen, se dice, importancia. 3.º El emperador piensa que solo el armisticio y negociaciones para obtener la paz pueden hacer esperar un giro favorable para ustedes. 4.º S. M. está decidido á no precipitar en la crisis actual á la nacion francesa en una guerra. 5.º El Austria tiene, de consiguiente, que pronunciarse sin demora si quiere continuar la lucha hasta el último extremo ó si quiere aceptar por base de las negociaciones de paz su salida de la confederacion; y 6.º El emperador desea saber á qué atenerse respecto de este punto lo mas rápidamente posible. Este es el sentido de lo que he escrito al señor de Gramont. Por lo que toca á la mision del príncipe de Reuss, consistió en la entrega de una carta del rey de Prusia que no formula de una manera precisa las proposiciones; se dieron algunas explicaciones verbales, pero, repito, no tenemos exposicion clara de los preliminares que pide la Prusia para firmar el armisticio; solo sabemos que la salida del Austria de la confederacion forma la condicion *sine qua non*. Con esta condicion seria posible el armisticio y hasta lo creo seguro; sin ella seria imposible.» *Las luchas del Austria*, tomo IV.

ticio y la paz. Tan pronto como el emperador Francisco José conozca estas condiciones dará una contestación clara y terminante. No puede comprometerse mientras no esté completamente enterado de toda la magnitud de sus obligaciones (1).»

Esta contestación del Austria era tan digna como acertada y Napoleón juzgó que si salía el Austria de la confederación, era justo que se le garantizara la inviolabilidad de su propio territorio. En su consecuencia, recomendó el siguiente proyecto de bases de paz á los interesados, á los cuales lo participó Drouyn de Lhuys en 14 de julio:

1.º Se conservará el territorio del Austria exceptuando á Venecia.

2.º El Austria reconoce la disolución de la actual confederación alemana y no se opone á la formación de una nueva confederación en Alemania, en cuya confederación no tomará parte ninguna.

3.º La Prusia formará una confederación de la Alemania del Norte que comprenderá todos los Estados al Norte de la línea del Mein, y se encarga del mando en jefe de las fuerzas armadas de estos Estados.

4.º Los Estados alemanes situados al Sur del Mein tendrán el derecho de formar una federación de la Alemania del Sur, cuya federación tendrá una existencia internacional independiente.

5.º Las relaciones internacionales entre la confederación del Norte y la del Sur de Alemania se arreglarán libremente de comun acuerdo.

6.º Los ducados del Elba serán reunidos á la Prusia excepto los distritos en el Norte del Schleswig, cuyos habitantes desean ser devueltos, conforme podrán manifestarlo libremente, á la Dinamarca. El Austria y sus aliados indemnizan á la Prusia de una parte de sus gastos de guerra.

Y 7.º Si estas bases fuesen aceptadas por las potencias beligerantes, podría hacerse inmediatamente un armisticio y quedaría abierto el camino al restablecimiento de una paz sólida y equitativa.

Este proyecto no decía nada de las pretensiones anunciadas ya de la Prusia y dirigidas á ensanchar su territorio para redondear sus fronteras, uniendo en una sola las dos grandes fracciones de la monarquía prusiana. Se había enterado á Benedetti de esta pretensión en su entrevista con Bismarck, el cual telegrafió en 16 de julio desde Brunn á su ministro en París, que si el Austria no atendiera en un artículo adicional á la Prusia respecto de esta adquisición territorial, el gobierno prusiano rechazaría el proyecto de paz. El rey de Prusia hizo telegrafiar también desde Brunn, en 18 de julio, á París que no podía considerar el proyecto de paz suficiente para base de la misma paz, porque había llegado á ser necesario un aumento territorial de Prusia á expensas de los Estados enemigos en el Norte de Alemania, aumento que se había hecho indispensable por los sucesos de la guerra y por la opinión de la nación; pero que el proyecto de paz bastaba, suponiendo el consentimiento de Italia, para hacer un armisticio con el objeto de llegar á una paz definitiva si el Austria aceptaba aquel proyecto; y á fin de dejar tiempo al emperador de Austria para fijar sus intenciones, estaba el rey pronto á conceder cinco días de tregua, al cabo de los cuales se haría el armisticio si el Austria entretanto admitía el proyecto, y empezarian las negociaciones de paz si Italia convenía en ello. Las negociaciones se harían solamente por la Prusia y el Austria, teniendo que hacer lo mismo cada uno de por sí los demás Estados beligerantes. Si el Austria no aceptaba en el plazo marcado, seguiría la guerra.

(1) Memor, pág. 323.

Esta fué, en sus bases, la contestación oficial de la Prusia al proyecto francés del 14 de julio, tal como la publica la ya citada obra del estado mayor prusiano, añadiendo que la inteligencia con París sufrió grandes dificultades á causa del mal estado del telégrafo, á pesar de los esfuerzos de la dirección prusiana. Manos enemigas habían interrumpido las comunicaciones, habiendo desaparecido telegramas importantes y habiendo retardado otros varios días su llegada. Añade la obra también que se había reconocido ser irrealizable, atendidos los peligros de nuevas complicaciones, la incorporación á la Prusia de todos los países de la Alemania del Norte que habían tomado parte en la guerra contra ella, pero que en cambio «era posible, además de otros territorios occidentales, la adquisición de una parte de Sajonia en lugar de la parte correspondiente de Hanover ó de la adquisición de todo el reino de Hanover.»

La Prusia, pues, concedió solo una tregua para dar tiempo al Austria á decidir si quería salir de la confederación alemana y permitir un considerable engrandecimiento territorial de la Prusia en la Alemania del Norte, para después negociar inmediatamente sobre la paz. Benedetti se dirigió á Viena, donde tenía á su disposición una comunicación telegráfica con París no sujeta á las contingencias de la guerra. En Viena tuvo, en 18 de julio, su última conversación con el conde de Mensdorff y el conde de Esterhazy en presencia del duque de Gramont, que refiere estos sucesos (2) diciendo que la Prusia insistió en aumentos territoriales á costa del Hanover y del Hesse electoral. Esta condición previa, irremisible, no se había puesto todavía en Viena y faltaba saber cómo la recibirían allí. El ministro de Austria, sin pronunciarse formalmente, dió á entender que su gobierno sacrificaría fácilmente el Hanover y el Hesse electoral á la unidad territorial de la Prusia si á este precio pudiera salvarse la independencia (quería decir la integridad) de Sajonia. Este fué un punto muy importante para las negociaciones y poco después marchó Benedetti á Lundenburg y Nikolsburg, en cuyo último punto el rey Guillermo había establecido por la noche del 18 de julio su cuartel general. El rey se alojó en el castillo del conde de Mensdorff, presidente del ministerio austriaco, que dos meses antes no habría sospechado que tendría á semejante huésped y en tales circunstancias en el palacio de sus mayores. También llegó á Nikolsburg el conde de Barral, embajador de Italia en la corte de Prusia. En 19 de julio Benedetti participó á los citados personajes que el Austria aceptaba en principio las bases propuestas por la Francia y estaba pronta á aceptar un armisticio para tratar de las condiciones previas de la paz. Habiendo sido confirmado esto oficialmente el día 20 por el duque de Gramont, se declaró de parte de la Prusia que estaba dispuesta á suspender durante cinco días las hostilidades.

Aquel mismo día dirigió Bismarck al embajador de Prusia en París la siguiente comunicación, publicada en la obra del estado mayor austriaco sobre la guerra de 1866:

«El rey ha dado su permiso para la tregua. Barral, que también se halla en ésta, pide instrucciones y poderes á su gobierno. Es dudoso que estos puedan llegar pronto.

»El rey se ha decidido muy difícilmente y por consideración al emperador francés, á esta tregua, y esto aun en la suposición segura de que la paz nos dará un aumento considerable de territorio en el Norte de Alemania. El rey no aprecia tanto como yo la importancia de un Estado federal de la Alemania del Norte, y por lo mismo estima más que todo las anexiones. Yo las considero una necesidad además de la reforma, porque de otra manera quedarían demasiado

(2) Memor, pág. 327.

grandes para una relación íntima la Sajonia y el Hanover. El rey siente que V. E. no haya insistido más en la alternativa del programa del 9, según lo que dice al final el despacho. Ha dicho (y lo participo á V. E. para su gobierno personal y enteramente íntimo) que preferiría abdicar á regresar sin un considerable aumento territorial, y hoy ha llamado aquí al príncipe heredero. Suplico á V. E. que tenga esta disposición del rey en consideración. Debo observar también que los puntos de vista franceses, suponiendo también un arreglo de límites con Austria, nos bastarían como preliminares para una paz particular con Austria si esta potencia quiere hacer una paz particular con nosotros; mas no bastan para la paz con nuestros demás adversarios y particularmente los de la Alemania del Sur, á los cuales hemos de imponer condiciones especiales, pues que la mediación del emperador, que ellos no han invocado, se refiere únicamente al Austria.

»Aunque llegásemos á ser libres respecto de Italia por la cesión de Venecia, no podríamos dejar libre la Italia antes que se nos haya concedido el equivalente de Venecia convenido en el tratado.»

El día en que Bismarck escribió estas líneas en Nikolsburg, su embajador, el conde de Goltz, había obtenido en Saint-Cloud un triunfo que excedió las esperanzas más atrevidas del ministro de Prusia.

Los franceses, al meditar hoy sobre las peripecias de la política imperial en el año 1866, consideran al embajador citado de Prusia como el espíritu protero de la corte de las Tullerías y el 19 de julio como su mayor victoria.

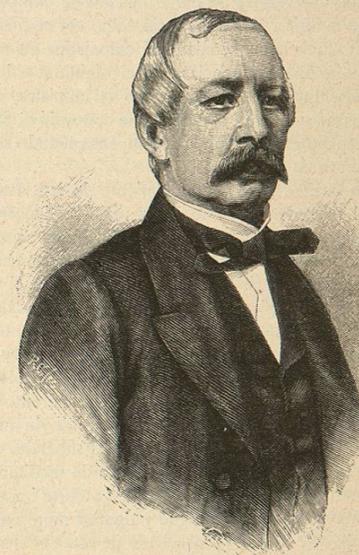
Rothan dice en su obra que el conde de Goltz era un hombre feo, de cabello rojizo, ojos azules y mirada punzante; su risa penetrante y á carcajadas tenía algo de convulsiva, y bajo la apariencia de una honradez sencilla y bondadosa, encubría una sagacidad á la cual nada se ocultaba.

Era político positivo por principios, por cuya razón había servido á todos los partidos. Maligno y burlon, pero sin excederse de los límites, disparaba sus flechas solo contra los ausentes.

Este diplomático se había captado en la corte imperial una confianza excepcional, por haber logrado de la emperatriz la misma consideración que le dispensaba el emperador. A la primera dedicaba sus homenajes como si muriese de pasión amorosa y admiradora, y al segundo mostró una adhesión y una consideración siempre iguales, dándole hasta razón contra su propio superior, Bismarck, cuyas órdenes decía ejecutar porque eran órdenes por mas que las creyese erróneas, y hablaba con una perfecta sonrisa de superioridad de la política aventurera del conde de Bismarck, que, según él, concluiría muy pronto su papel y después le dejaría á él la misión ingrata de remediar todos sus errores. A creer á este diplomático, no había en la corte de Berlín más celoso defensor que él de los intereses y de la política de Napoleón; por manera que éste no podía dudar de que si Goltz llegaba á ser presidente del consejo de ministros, se establecería entre las dos cortes aquella confianza y aquel apoyo mutuo que habían sido ya una ilusión de Napoleón mucho antes de ser emperador. Creyó, pues, que podría ver recompensadas hasta con exceso todas las complacencias que tenía con él cuando Goltz fuese presidente del ministerio prusiano, y por tanto le concedió lo que no había concedido á ningún otro y lo que decidió del porvenir de Napoleón y de la Prusia.

En 19 de julio se presentó el conde de Goltz en el despacho del ministro Drouyn de Lhuys con el semblante de un hombre que tiene el corazón destrozado por una lucha entre el deber y el afecto. Vituperó al conde de Bismarck, su presunción y su modo de proceder, y dijo que iba á enviarle su dimisión; que á él le había tocado la misión más difícil de

todas, la de presentar exigencias que condenaba personalmente, que eran contrarias á sus principios y hasta á sus declaraciones anteriores; pero que había recibido instrucciones dictadas por el mismo rey, por lo cual tenía que obedecerlas por mucho que le pesase; que su corte estaba embriagada por los triunfos inesperados y abrumadores de sus armas en Bohemia, y que Bismarck, en lugar de enfrenar esta embriaguez, exigía todavía más, á saber: que la Francia reconociera á favor de la Prusia el principio de la contigüidad de territorios. A pesar de esto esperaba el embajador que el gobierno imperial, teniendo en cuenta las circunstancias, facilitaría al rey el medio de satisfacer las exigencias del ejército y de la opinión pública, pues de otra manera se dirigirían contra



El conde de Goltz

(copia de un grabado en cobre de Weger, según una fotografía)

aquellos que quisieran disputar á la Prusia el premio de sus victorias y de sus sacrificios. Por conclusión dijo que solo se trataba de algunos jirones de territorio con 300,000 almas apenas, que pagaría en su mayor parte el príncipe elector de Hesse, abominado por sus súbditos. Dicho esto, sacó del bolsillo un mapa de Alemania esforzándose en hacer ver al ministro que con un pedacito del Hesse, otro de Sajonia y otro de Hanover se llenarían los sensibles claros que separaban á la Prusia antigua de la moderna, lo cual, por supuesto, no valía la pena de que por ello se disgustase un país tan grande como la Francia ni se trastornara el equilibrio europeo.

El ministro francés le contestó que tenía razón, que 300,000 almas poco significaban; pero que la transmisión de una población de un gobierno á otro sería siempre un asunto suficientemente grave para ser meditado maduramente y que necesitaba ser aprobado por toda la Europa; «por lo demás, le dijo, no puede usted haber olvidado lo que le he repetido siempre: que toda anexión en la orilla derecha del Rhin exigía inevitablemente anexiones en la orilla izquierda. — Las órdenes del rey, dijo el embajador, son formales, y rechaza toda cesión de territorio por su parte. — Si es así, dijo el ministro, levantándose de su asiento, no tenemos que decirnos ni una palabra más y á mí queda únicamente el deber de dar parte al emperador de las comunicaciones de usted.» Goltz no esperó á que el ministro comunicara lo dicho al empera-